

Consideraciones Espirituales

POR

JOSÉ MARÍA



CUENCA.— IMP. MODERNA
1934

Ej.2

Advertencia preliminar

No es cosa fácil hacer una división de las notas que componen estos apuntes, escritos sin pretensiones literarias ni de publicidad, respondiendo a necesidades de jóvenes seculares universitarios dirigidos por el autor.

Sin embargo se ha intentado ordenar aquellas notas —no pretendiendo con ello llenar innegables lagunas y omisiones, ni retocar el estilo familiar y afectivo— para facilitar su lectura provechosa, aunque en general en cada una de las partes, por la índole misma de los puntos que se tocan, se trate de diversas materias.

J. M.^a

Febrero-1934.

Lee despacio estos CONSEJOS. —Medita, pausadamente, estas CONSIDERACIONES.

Son cosas que te digo al oído, en confianza de amigo, de hermano, de padre. —Y no olvides que estas confidencias las escucha Dios.

CARÁCTER

Que tu vida no sea una vida estéril. —Sé útil. —Deja poso. —Ilumina, con la luminaria de tu fe y de tu amor.

Borra, con tu vida de apóstol, la señal viscosa y sucia, que dejaron los sembradores impuros del odio. —Y enciende todos los caminos de la tierra con el fuego de Cristo, que llevas en el corazón.

Ojalá fuera tal tu compostura y tu conversación que todos pudieran decir, al verte o al oírte hablar: éste lee la vida de Jesucristo.

Gravedad. —Deja esos meneos y carantoñas

de mujerzuela o de chiquillo. —Que tu porte exterior sea reflejo de la paz y el orden de tu espíritu.

No digas: «es mi genio así..., son cosas de mi carácter». Son cosas de tu falta de carácter: sé varón —*esto vir*.

Acostúmbrate a decir que no.

Vuelve las espaldas al infame, cuando susurra en tus oídos: ¿para qué complicarte la vida?

No tengas espíritu pueblerino. —Agranda tu corazón, hasta que sea universal, *católico*.

No vuelas como un ave de corral, cuando puedes subir como las águilas.

Serenidad. —¿Por qué has de enfadarte, si, enfadándote ofendes a Dios, molestas al prójimo, pasas tú mismo un mal rato..., y te has de desenfadar, al fin?

Eso mismo, que has dicho, dilo en otro tono, sin ira, y ganará fuerza tu raciocinio y, sobre todo, no ofenderás a Dios.

No reprendas cuando sientes la indignación por la falta cometida. —Espera al día siguiente,

o más tiempo aún. —Y después, tranquilo y purificada la intención, no dejes de reprender. —Vas a conseguir más con una palabra afectuosa que con tres horas de pelea. —Modera tu genio.

Voluntad. —Energía. —Ejemplo. —Lo que hay que hacer, se hace... Sin vacilar... Sin miramientos...

Sin esto, ni Cisneros hubiera sido Cisneros: ni Teresa de Ahumada, Santa Teresa...: ni Íñigo de Loyola, San Ignacio.

¡Dios y audacia! —*Regnare Christum volumus!*

Aleja de ti esos pensamientos inútiles, que, por lo menos, te hacen perder el tiempo.

No pierdas tus energías y tu tiempo, que son de Dios, apedreando los perros que te ladren en el camino. —Desprécialos.

No dejes tu trabajo para mañana.

¿Adocenarte? —¡Tú... del montón?... ¡Si has nacido para caudillo!

Entre nosotros no caben los tibios. —Humíllate y Cristo te volverá a encender con fuegos de Amor.

No caigas en esa enfermedad del carácter, que tiene por síntomas la falta de fijeza para todo, la ligereza en el obrar y en el decir, el atolondramiento...: la frivolidad, en una palabra. —Y la frivolidad —no lo olvides— que te hace tener esos *planes* de cada día tan vacíos (tan *llenos de vacío*), si no reaccionas a tiempo —no, mañana: ¡ahora!— hará de tu vida un pelele muerto e inútil.

Te empeñas en ser mundano, frívolo y atolondrado, porque eres cobarde. —¿Qué es, sino cobardía, ese no querer enfrentarte contigo mismo?

Voluntad. —Es una característica nuestra muy importante. —No desprecies las cosas pequeñas, porque, en el continuo ejercicio de negar y negarte en esas cosas —que nunca son futilidades, ni naderías— fortalecerás, virilizarás, con la gracia de Dios, tu voluntad, para ser muy señor de ti mismo, en primer lugar. —Y, después, guía, jefe, ¡caudillo!..., que obligues, que empujes, que arrastres, con tu ejemplo y con tu palabra y con tu ciencia y con tu imperio.

Chocas, con el carácter de aquél o del otro... Necesariamente ha de ser así: no eres

una moneda de cinco duros, que a todos gusta.

Además, sin esos choques que se producen al tratar al prójimo, ¿cómo irías perdiendo las puntas, aristas y salientes —imperfecciones, defectos— de tu genio, para adquirir la forma reglada, bruñida y reciamente suave de la caridad, de la perfección?

Si tu carácter y los caracteres de quienes contigo conviven fueran dulzones y tiernos como merengues, no te santificarías.

Pretextos. —Nunca te faltarán, para dejar de cumplir tus deberes. ¡Qué abundancia de razones sinrazones!

No te detengas a considerarlas. —Recházalas y haz tu obligación.

Sé recio. —Sé viril. —Sé hombre. —Y después... sé ángel.

¿Qué... ¡no puedes hacer más!? —¿No será que... no puedes hacer menos?

Tienes ambiciones;... de saber... de acaudillar,... de ser audaz.

Bueno. —Bien. —Pero... por Cristo, por Amor.

Lucha contra esa flojedad, que te hace perezoso y abandonado en tu vida espiritual. —Mira que puede ser el principio de la tibieza... y, en frase de la Escritura, a los tibios los vomitará Dios.

No discutáis. —De la discusión no suele salir la luz, porque la apaga el apasionamiento.

El matrimonio es para la clase de tropa, y no para el estado mayor de Cristo. —Así, mientras comer es una exigencia para cada individuo, engendrar es exigencia sólo para la especie, pudiendo desentenderse las personas singulares.

¿Ansia de hijos?... Hijos, muchos hijos y un rastro imborrable de luz dejaremos, si sacrificamos el egoísmo de la carne.

La relativa y pobre felicidad del egoísta, que se encierra en su torre de marfil, en su caparazón... no es difícil conseguirla en este mundo. —Pero la felicidad del egoísta no es duradera.

¿Vas a perder, por esa caricatura del cielo, la Felicidad de la Gloria, que no tendrá fin?

DIRECCIÓN

Madera de santo. —Eso dicen de algunas gentes: que tienen madera de santos. —Aparte de que los santos no han sido de madera, tener madera no basta.

Se precisa mucha obediencia al Director y mucha docilidad a la gracia. —Porque, si no se deja a la gracia de Dios y al Director que hagan su obra, jamás aparecerá la escultura, imagen de Jesús, en que se convierte el hombre santo.

Y la *madera de santo*, de que venimos hablando, no pasará de ser un leño informe, sin labrar, para el fuego.. ¡para un buen fuego, si era una buena madera!

Frecuenta el trato del Espíritu Santo —el Gran Desconocido— que es quien te ha de santificar.

No olvides que eres templo de Dios. —El Paracleto está en el centro de tu alma: óyele y atiende dócilmente sus inspiraciones.

No estorbes la obra del Paráclito: únete a Cristo, para purificarte, y siente, con Él, los

insultos, y los salivazos, y los bofetones..., y las espinas, y el peso de la Cruz..., y los hierros rompiendo tu carne, y las ansias de una muerte en desamparo.

Y métete en el costado abierto de Nuestro Señor Jesús, hasta hallar cobijo seguro en su llagado Corazón.

Conviene que conozcas esta doctrina segura: el espíritu propio es mal consejero, mal piloto, para dirigir el alma en las borrascas y tempestades, entre los escollos de la vida interior.

Por eso es Voluntad de Dios que la dirección de la nave la lleve un Maestro, para que, con su luz y conocimiento, nos conduzca a puerto seguro.

Si no levantarías sin un arquitecto una buena casa, para vivir en la tierra, ¿cómo quieres levantar sin Director el alcázar de tu santificación, para vivir eternamente en el cielo?

Cuando un seglar se erige en maestro de moral, se equivoca frecuentemente: Los seglares sólo pueden ser discípulos.

Director. —Lo necesitas. —Para entregarte, para darte..., obedeciendo. —Y Director que

esté en nuestro apostolado, concedor de lo que Dios quiere: así secundará, con eficacia, la labor del Espíritu Santo en tu alma, sin sacarte de tu sitio..., llenándote de paz, y enseñándote el modo de que tu trabajo sea fecundo.

¿Por qué ese reparo de verte tú mismo y de hacerte ver por tu Director, tal como en realidad eres?

Habrás ganado una gran batalla, si pierdes el miedo a darte a conocer.

El sacerdote —quien sea— es siempre otro Cristo.

Amar a Dios y no venerar al sacerdote... no es posible.

Como los hijos buenos de Noé, cubre con la capa de la caridad las miserias que veas en tu padre, el sacerdote.

Si no tienes un plan de vida, nunca tendrás orden.

¿Virtud, sin orden? —¡Rara virtud!

Si tienes orden, se multiplicará tu tiempo, y, por tanto, podrás dar más gloria a Dios, trabajando más en su servicio.

ORACIÓN

La acción nada vale sin la oración: la oración se avalora con el sacrificio.

Primero, oración; después, expiación: en tercer lugar, muy en *tercer lugar*, acción.

La oración es el cimiento del edificio espiritual. —La oración es omnipotente.

¿Que no sabes orar? —Ponte en la presencia de Dios, y, en cuanto comiences a decir: Señor, ¡que no sé hacer oración!..., está seguro de que has empezado a hacerla.

Te ves tan miserable, que te reconoces indigno de que Dios te oiga... Pero, ¿y los méritos de María? ¿Y las llagas de tu Señor? Y... ¿acaso no eres hijo de Dios?

Además, Él te escucha, *quoniam bonus...*, *quoniam in saeculum misericordia ejus*: porque es bueno, porque su misericordia permanece siempre.

No sabes qué decir al Señor en la oración.

No te acuerdas de nada, y, sin embargo, querrías consultarle muchas cosas. —Mira: toma algunas notas, durante el día, de las cuestiones que desees considerar en la presencia de Dios. Y ve con esa nota luego a orar.

Después de la oración del sacerdote y de las vírgenes consagradas, la oración más grata a Dios es la de los niños y la de los enfermos.

Cuando vayas a orar, que sea éste un firme propósito: ni más tiempo por consolación, ni menos por aridez.

No digas a Jesús que quieres consuelo en la oración. —Si te lo da, agradéclo. —Dile siempre que quieres perseverancia.

Persevera en la oración. —Persevera aunque tu labor parezca estéril. —La oración es siempre fecunda.

Si no tratas a Cristo en la oración y en el Pan ¿cómo le vas a dar a conocer?

Me has dicho alguna vez que pareces un reloj descompuesto, que suena a destiempo: estás frío, seco y árido a la hora de tu oración,

y, en cambio, cuando menos era de esperar, en la calle, entre los afanes de cada día, en medio del barullo y alboroto de la ciudad, o en la quietud laboriosa de tu trabajo profesional, te sorprendes orando... ¿A destiempo? Bueno; pero no desaproveches esas campanadas de tu reloj. —El Espíritu sopla donde quiere.

«Minutos de silencio», —Quédese esto para ateos, masones y protestantes, que tienen el corazón seco.

Los católicos, hijos de Dios, hablamos con el Padre nuestro que está en los cielos.

No dejes tu lección espiritual. —La lectura ha hecho muchos santos.

SANTA PUREZA

La santa pureza la da Dios, cuando se pide con humildad.

¡Qué hermosa es la santa pureza! Pero no es santa, ni agradable a Dios, si la separamos de la caridad.

La caridad es la semilla que crecerá y dará frutos sabrosísimos con el riego, que es la pureza.

Sin caridad, la pureza es infecunda, y sus aguas estériles convierten las almas en un lodazal. en una charca inmunda, de donde salen vaharadas de soberbia.

La gula es la vanguardia de la impureza.

No quieras dialogar con la concupiscencia: despréciala.

El pudor y la modestia son hermanos pequeños de la pureza.

Sin la santa pureza no se puede perseverar en el apostolado.

Quítame, Jesús, esa corteza roñosa de pobredumbre sensual, que recubre mi corazón, para que sienta y siga con facilidad los toques del Paráclito en mi alma.

Nunca hables, ni para lamentarte, de cosas o sucesos impuros. —Mira que es materia más pegajosa que la pez. —Cambia de conversación, y, si no es posible, síguela, hablando de la necesidad y hermosura de la santa pureza, virtud de hombres que saben lo que vale su alma.

No tengas la cobardía de ser *valiente*: ¡huye!

MORTIFICACIÓN

Si no eres mortificado, nunca serás alma de oración.

Esa palabra acertada, el chiste que no salió de tu boca; la sonrisa amable, para quien te molesta; aquel silencio, ante la acusación injusta; tu bondadosa conversación con los cargantes y los inoportunos; el pasar por alto cada día, a las personas que conviven contigo, un detalle y otro fastidiosos e impertinentes... Esto, con perseverancia, sí que es sólida mortificación interior.

No digas: esa persona me carga. —Piensa: esa persona me santifica.

Ningún ideal se hace realidad sin sacrificio. —Niégate. —¡Es tan hermoso ser víctima!

¡Cuántas veces te propones servir a Dios en algo..., y te has de conformar, tan miserable eres, con ofrecerle la rabetilla, el sentimiento de no haber sabido cumplir aquel propósito tan fácil!

No desaproveches la ocasión de rendir tu juicio propio. —Cuesta..., pero ¡qué agradable es a los ojos de Dios!

Cuando veas una pobre Cruz de palo, sola, despreciable y sin valor.. y sin Crucifijo, no olvides que esa Cruz es tu Cruz: la de cada día, la escondida, sin brillo y sin consuelo..., que está esperando el Crucifijo que le falta: y ese Crucifijo has de ser tú.

Busca mortificaciones que no mortifiquen a los demás.

Donde no hay mortificación, no hay virtud.

Mortificación interior. —No creo en tu mortificación interior, si veo que desprecias, que no practicas la mortificación de los sentidos.

Bebamos hasta la última gota del cáliz del dolor, en la pobre vida presente. ¿Qué importa padecer diez años, veinte, cincuenta..., si luego es el cielo para siempre, para siempre... para siempre!?

Y, sobre todo, —mejor que la razón apuntada, *propter retributionem*,— ¿qué importa padecer, si se padece por consolar, por dar gusto a Dios nuestro Señor, con espíritu de re-

paración, unido a Él en su Cruz, en una palabra: si se padece por Amor?...

¡Los ojos! Por ellos entran en el alma muchas iniquidades. —¡Cuántas experiencias a lo David!... Si guardáis la vista, habréis asegurado la guarda de vuestro corazón.

¿Para qué has de mirar, si *tu mundo* lo llevas dentro de ti?

El mundo admira solamente el sacrificio con espectáculo, porque ignora el valor del sacrificio escondido y silencioso.

Hay que darse del todo, hay que negarse del todo; es preciso que el sacrificio sea holocausto.

Paradoja: para Vivir hay que morir.

Mira que el corazón es un traidor. —Tenlo cerrado con siete cerrojos.

Todo lo que no te lleve a Dios es un estorbo. —Arráncalo y tíralo lejos.

Le hacía el Señor decir a un alma, que tenía

un superior inmediato iracundo y grosero: Muchas gracias, Dios mío, por este tesoro verdaderamente divino, porque ¿cuándo encontraré otro que a cada amabilidad me corresponda con un par de coces?

Véncete cada día desde el primer momento, levantándome en punto, a hora fija, sin conceder ni un minuto a la pereza.

Si, con la ayuda de Dios, te vences, tendrás mucho adelantado para el resto de la jornada.

¡Desmoraliza tanto sentirse vencido en la primera escaramuza!

Siempre sales vencido. —Proponte, cada vez, la salvación de un alma determinada, o su santificación, o su vocación al apostolado... Así, estoy seguro de tu victoria.

PENITENCIA

Bendito sea el dolor. —Amado sea el dolor. —Santificado sea el dolor... ¡Glorificado sea el dolor!

¡Qué hermoso es perder la vida por la Vida!

Jesús sufre, por cumplir la voluntad del Padre... Y tú, que quieres también cumplir la Santísima Voluntad de Dios, siguiendo los pasos del Maestro, ¿podrás quejarte, si encuentras por compañero de camino al sufrimiento?

Di a tu cuerpo: prefiero tener un esclavo a serlo tuyo.

¡Qué miedo tiene la gente a la expiación! Si, lo que hacen por bien parecer al mundo, lo hicieran, rectificando la intención, por Dios... ¡qué santos tan grandes serían algunos y algunas!

Si somos generosos en la expiación voluntaria, Jesús nos llenará de gracia para amar las expiaciones que Él nos mande.

¿No te produce mal sabor de boca el deseo de bienestar fisiológico. —Dios le dé salud, hermano— con que ciertos pobres agradecen o reclaman una limosna?

Que tu voluntad exija a los sentidos, mediante la expiación, lo que las otras potencias le nieguen en la oración.

¡Qué poco vale la penitencia sin la continua mortificación!

¿Tienes miedo a la penitencia?... A la penitencia, que te ayudará a obtener la Vida eterna. —En cambio, por conservar esta pobre vida de ahora, ¿no ves cómo los hombres se someten a las mil torturas de una cruenta operación quirúrgica?

Tu mayor enemigo eres tú mismo.

Trata a tu cuerpo con caridad, pero no con más caridad que la que se emplea con un enemigo traidor.

Si sabes que tu cuerpo es tu enemigo, y enemigo de la gloria de Dios, al serlo de tu

santificación, ¿por qué le tratas con tanta blandura?

Que pasen buena tarde —nos dijeron, como es frecuente— y comentó una alma muy de Dios: ¡qué deseos tan cortos!

Contigo, Jesús, ¡qué placentero es el dolor y qué luminosa la oscuridad!

PROPÓSITOS

Concreta.— Que no sean tus propósitos luces de bengala, que brillan un instante, para dejar, como realidad amarga, un palistroque negro e inútil, que se tira con desprecio.

Haz pocos propósitos. —Haz propósitos concretos. —Y cúmplelos con la ayuda de Dios.

¡Mañana!: alguna vez es prudencia: muchas veces es el adverbio de los vencidos.

Haz este propósito determinado y firme: acordarte, cuando te den honras y alabanzas, de aquello que te avergüenza y sonroja.

Esto es tuyo; la alabanza y la gloria, de Dios.

Pórtate bien *ahora*, sin acordarte de *ayer*, que ya pasó, y sin preocuparte de *mañana*, que no sabes si llegará para ti.

ESCRÚPULOS

Rechaza esos escrúpulos, que te quitan la paz. —No es de Dios lo que roba la paz del alma.

Cuando Dios te visita, sentirás la verdad de aquellos saludos: la paz os doy..., la paz os dejo..., la paz sea con vosotros...; y esto, en medio de la tribulación.

¡Todavía los escrúpulos! —Habla con sencillez y claridad a tu Director.

Obedece... y no empequeñezcas el Corazón amororísimo del Señor.

PRESENCIA DE DIOS

Los hijos... ¡Cómo procuran comportarse dignamente, cuando están delante de sus padres!

Y los hijos de Reyes, delante de su padre el Rey, ¡cómo procuran guardar la dignidad de la realeza!

Y tú... ¿no sabes que estás siempre delante del Gran Rey, tu Padre-Dios?

No tomes una decisión, sin detenerte a considerar el asunto delante de Dios.

Es preciso convencerse de que Dios está junto a nosotros de continuo. —Vivimos como si el Señor estuviera allá lejos, donde brillan las estrellas, y no consideramos que también está siempre a nuestro lado.

Y está como un Padre amoroso —a cada uno de nosotros nos quiere más que todas las madres del mundo pueden querer a sus hijos, ayudándonos, inspirándonos, bendiciendo... y perdonando.

¡Cuántas veces hemos hecho desarrugar el ceño de nuestros padres, diciéndoles, después

de una travesura: Ya no lo haré más! —Quizá aquel mismo día volvimos a caer de nuevo... Y nuestro padre, con fingida dureza en la voz, la cara seria, nos reprende..., a la par que se enternece su corazón, conocedor de nuestra flaqueza, pensando: pobre chico, ¡qué esfuerzos hace para portarse bien!

Preciso es que nos empapemos, que nos saturemos de que Padre y muy Padre nuestro es el Señor que está junto a nosotros y en los cielos.

Acostúmbrate a elevar tu corazón a Dios, en acción de gracias, muchas veces al día. —Porque te da esto y lo otro. —Porque te han despreciado. —Porque no tienes lo que necesitas, o porque lo tienes.

Porque hizo tan hermosa a su Madre, que es también Madre tuya. —Porque creó el sol y la luna y aquel animal y aquella otra planta. —Porque hizo a aquel hombre elocuente y a ti te hizo premioso...

Dale gracias por todo, porque todo es bueno.

No seas tan ciego o tan atolondrado que dejes de meterte dentro de cada Sagrario, cuando divises los muros o las torres de las casas del Señor. —Él te espera.

No seas tan ciego o tan atolondrado que de-

jes de rezar a María Inmaculada, una jaculatoria siquiera, cuando pases junto a los lugares donde sabes que se ofende a Cristo.

¿No te alegras, si has descubierto, en tu camino habitual por las calles de la urbe, ¡otro Sagrario!?

Decía un alma de oración: en las intenciones sea Jesús nuestro fin; en los afectos, nuestro Amor; en la palabra, nuestro asunto; en las acciones, nuestro modelo.

Ten presencia de Dios y tendrás vida sobrenatural.

VIDA SOBRENATURAL

La gente tiene una visión plana, pegada a la tierra, de dos dimensiones. —Cuando vivas vida sobrenatural, obtendrás de Dios la tercera dimensión: la altura, y, con ella, el relieve, el peso y el volumen.

Si pierdes el sentido sobrenatural de tu vida tu caridad será filantropía; tu pureza, decencia; tu mortificación, simpleza; tu disciplina, látigo; y todas tus obras, estériles.

El silencio es como el portero de la vida interior.

Paradoja: es más asequible ser santo que sabio, pero es mas fácil ser sabio que santo.

Distraerte: ¡Necesitas distraerte!..., abriendo mucho tus ojos, para que entren bien las imágenes de las cosas, o cerrándolos casi, por exigencias de tu miopía...

¡Ciérralos del todo!: ten vida interior, y verás, con calor y relieve insospechados, las maravillas de un mundo mejor, de un mundo

nuevo: y tratarás a Dios..., y conocerás tu miseria..., y te endiosarás... con un endiosamiento que, al acercarte a tu Padre, te hará más hermano de tus hermanos los hombres.

Aspiración: que sea yo bueno y todos los demás mejores que yo.

La conversión es cosa de un instante. —La santificación es obra de toda la vida.

Nada hay mejor en el mundo que estar en gracia de Dios.

Pureza de intención. —La tendrás siempre, si, siempre y en todo, sólo buscas agradar a Dios.

Métete en las Llagas de Cristo Crucificado. —Allí aprenderás a guardar tus sentidos, tendrás vida interior, y ofrecerás al Padre de continuo los dolores del Señor y los de María, para pagar por tus deudas y por todas las deudas de los hombres.

Tu impaciencia santa, por servirle, no desagrada a Dios. —Pero será estéril, si no va acompañada de un efectivo mejoramiento en tu conducta diaria.

Rectificar. —Cada día un poco. —Esta es tu labor constante, si de veras quieres hacerte santo.

FORMACIÓN Y ESTUDIO

Al que pueda ser sabio, no le perdonamos que no lo sea.

Estudio. —Obediencia: *non multa, sed multum.*

Estar ocioso es algo que no se comprende en un varón con alma de apóstol.

Oras, te mortificas, trabajas en mil cosas de apostolado..., pero no estudias. — No sirves, entonces, si no cambias.

El estudio, la formación profesional que sea, es obligación grave entre nosotros.

Una hora de estudio, para un apóstol moderno, es una hora de apostolado.

Si has de servir a Dios con tu inteligencia, para ti estudiar es una obligación grave.

¡Ah, si te propusieras servir a Dios *seriamente*, con el mismo empeño que pones en servir tu ambición, tus vanidades, tu sensualidad!...

Frecuentas los Sacramentos, haces oración, eres casto... y no estudias... No digas que eres bueno: eres solamente bondadoso.

Antes, como los conocimientos humanos —la ciencia— eran muy limitados, parecía muy posible que un solo individuo sabio pudiera hacer la defensa y apología de nuestra Santa Fe.

Hoy, con la extensión y la intensidad de la ciencia moderna, es preciso que los apologistas se dividan el trabajo, para defender en todos los terrenos científicamente a la Iglesia.

Tú... no te puedes desentender de esta obligación.

El manjar más delicado y selecto, si lo come un cerdo (que así se llama, sin perdón) se convierte, a lo más, ¡en carne de cerdo!

Seamos ángeles, para dignificar las ideas, al assimilarlas. —Cuando menos, seamos hombres: para convertir los alimentos, siquiera, en músculos nobles y bellos, o quizá en cerebro potente... capaz de entender y adorar a Dios.

Pero... ¡no seamos bestias, como tantos y tantos!

¿Te aburres? —Es que tienes los sentidos despiertos y el alma dormida.

No seas pesimista. —¿No sabes que todo cuanto sucede o puede suceder es para bien?

Tu optimismo será necesaria consecuencia de tu Fe.

Comenzar es de todos; perseverar, de santos.

No olvidemos que la unidad es síntoma de vida: desunirse es putrefacción, señal cierta de ser un cadáver.

Libros: no los compres sin aconsejarte de personas cristianas, doctas y discretas. —Podrías comprar una cosa inútil o perjudicial.

¡Cuántas veces creen llevar debajo del brazo un libro... y llevan una carga de basura!

No olvides, hijo, que para ti en la tierra sólo hay un mal, que habrás de temer, y evitar con la gracia divina: el pecado.

EL PLANO DE TU SANTIDAD

El plano de santidad, que nos pide el Señor, está determinado por estos tres puntos:

La santa intransigencia, la santa coacción y la santa audacia.

Una cosa es la santa audacia y otra la frescura laica.

La santa audacia es una característica de la vida de infancia. Al pequeño, no le preocupa nada. —Sus miserias, sus naturales miserias, se ponen de relieve sencillamente, aunque todo el mundo le contemple...

Esa audacia llevada a la vida sobrenatural, trae este raciocinio: alabanza, menosprecio...: admiración, burla...: honor, deshonor...: salud, enfermedad...: riqueza, pobreza...: hermosura, fealdad...

Bien; y eso... ¿qué?

Ríete del ridículo. —Desprecia el qué dirán. Ve y siente a Dios en ti mismo y en lo que te rodea.

Así acabarás por conseguir la santa audacia

que precisas, ¡oh paradoja! para vivir con delicadeza de caballero cristiano.

Si tienes la santa audacia, ¿qué te importa del «qué habrán dicho» o del «qué dirán»?

Convéncete de que el ridículo no existe para quien hace lo mejor.

Un hombre, un... caballero transigente, volvería a condenar a muerte a Jesús.

La transigencia es señal cierta de no tener la verdad. —Cuando un hombre transige, en cosas de ideal, de honra, o de fe, ese hombre es un... hombre sin ideal, sin honra y sin Fe.

La santa intransigencia no es intemperancia.

Sé intransigente en la doctrina y en tu conducta. —Pero sé blando en la forma. —Maza de acero poderosa, envuelta en funda acolchada.

Sé intransigente, pero no seas cerril.

La intransigencia no es intransigencia a secas: es «la santa intransigencia».

No olvidemos que también hay una «santa coacción».

Si, por salvar una vida terrena, con aplauso de todos, empleamos la fuerza, para evitar que un hombre se suicide..., ¿no vamos a poder emplear la misma coacción —la santa coacción— para salvar la Vida (con mayúscula) de muchos, que se obstinan en suicidar idiotamente su alma?

¡Cuántos crímenes se cometen en nombre de la justicia! Si tú vendieras armas de fuego y alguien te diera el precio de una de ellas, para matar con esa arma a tu madre, ¿se la venderías?... Pues ¿acaso no te daba su justo precio?...

Catedrático, periodista, político, hombre de diplomacia: medita.

¡Dios y audacia! —La audacia no es imprudencia. —La audacia no es osadía.

No pidas a Jesús perdón tan sólo de tus culpas: no le ames con tu corazón solamente...

Desagráviale por todas las ofensas que le han hecho, le hacen y le harán..., ámale con toda la fuerza de todos los corazones de todos los hombres que más le hayan querido.

Sé audaz: dile que estás más loco por Él que María Magdalena, más que Teresa y Te-

resita..., más chiflado que Agustín y Domingo y Francisco, más que Ignacio y Javier.

Ten todavía más audacia y, cuando necesites algo, partiendo siempre del «Fiat», no pidas: di «Jesús, quiero esto o lo otro», porque así piden los niños.

¡Has fracasado! —Nosotros no fracasamos nunca. —Pusiste del todo tu confianza en Dios. —No perdonaste, luego, ningún medio humano.

Convéncete de esta verdad: el éxito tuyo —ahora y en esto —era fracasar. —Da gracias al Señor, y ¡a comenzar de nuevo!

¿Qué has fracasado? —Tú— estás bien vencido —no puedes fracasar.

No has fracasado: has adquirido experiencia. —¡Adelante!

No seas pesimista. —¿No sabes que todo cuanto sucede o pueda suceder es para bien? —Tu optimismo será necesaria consecuencia de tu Fe.

La verdadera virtud no es triste y antipática, sino amablemente alegre.

Si salen las cosas bien, alegrémonos, bendiciendo a Dios, que pone el incremento. —¿Salen mal? —Alegrémonos, bendiciendo a Dios, que nos hace participar de su dulce Cruz.

La alegría que debes tener no es esa, que podríamos llamar fisiológica, de animal sano, sino otra sobrenatural, que procede de abandonar todo y abandonarte en los brazos amorosos de nuestro Padre. —Dios.

No confundamos los derechos del cargo con los de la persona. —Aquellos no pueden ser renunciados.

Santurrón es a santo, lo que beato a piadoso: su caricatura.

No pensemos que valdrá de algo nuestra aparente virtud de santos, si no va unida a las corrientes virtudes de cristianos.

Esto sería adornarse con espléndidas joyas sobre los paños menores.

Que tu virtud no sea una virtud sonora.

Muchos falsos apóstoles, a pesar de ellos mismos, hacen bien a la masa, al pueblo, por

la virtud misma de la doctrina de Jesús que predicán, aunque no la practiquen.

Pero no se compensa, con este bien, el mal enorme y efectivo que producen matando almas de caudillos, de apóstoles, que se apartan, asqueadas, de quienes no hacen lo que enseñan a los demás.

Por eso, si no quieren llevar una vida íntegra, no deben ponerse jamás en primera fila, como jefes de grupo, ni ellos, ni ellas.

Que el fuego de tu Amor no sea un fuego fatuo. —Ilusión, mentira de fuego, que ni prende en llamaradas lo que toca, ni da calor.

CARIDAD

¡No hay más amor que el Amor!

El secreto para dar relieve a lo más humilde, y aun a lo más humillante, es amar.

Niño. —Enfermo. —Al escribir estas palabras, ¿no sentís la tentación de ponerlas con mayúscula?

Es que, para un alma enamorada, los niños y los enfermos son Él.

¡Qué poco es una vida, para ofrecerla a Dios!...

Un amigo es un tesoro. Pues... ¡un Amigo!..., que donde está tu tesoro allí está tu corazón.

Jesús es tu amigo. —El Amigo. —Con corazón de carne, como el tuyo. —Con ojos, de mirar amabilísimo, que lloraron por Lázaro... Y tanto como a Lázaro, te quiere a ti.

Dios mío, te amo, pero... ¡enséñame a amar!

Hacedlo todo por Amor. —Así no hay cosas pequeñas: todo es grande. —La perseverancia en las cosas pequeñas, por Amor, es heroísmo.

Castigar por Amor: este es el secreto para elevar a un plano sobrenatural la pena impuesta a quienes la merezcan.

Por amor de Dios, a quien se ofende, sirva la pena de expiación: por amor del prójimo por Dios, sirva la pena, jamás de venganza, sino de medicina saludable.

Un pequeño acto, hecho por Amor, ¡cuánto vale!

¿Saber que me quieres tanto, Dios mío, y... no me he vuelto loco?

En Cristo tenemos todos los ideales: porque es Rey, es Amor, es Dios.

Señor: que tenga peso y medida en todo... menos en el Amor.

Si el Amor, aun el amor humano, da tantos consuelos aquí, ¿qué será el Amor en el cielo?

Todo lo que se hace por Amor, adquiere hermosura y se ennoblece.

Jesús, que sea yo el último en todo... y el primero en el Amor.

No temas a la justicia de Dios. —Tan admirable y tan amable es, en Dios, la Justicia como la Misericordia: las dos son pruebas del Amor.

Considera lo más hermoso y grande de la tierra..., lo que place al entendimiento y a las otras potencias..., y lo que es recreo de la carne y de los sentidos...

Y el mundo, y los otros mundos, que brillan en la noche: el Universo entero. —Y eso, junto con todas las locuras del corazón satisfechas..., nada vale, es nada y menos que nada al lado de ¡este Dios mío! —¡tuyo! —tesoro infinito, margarita preciosísima, humillado, hecho esclavo, anonadado con forma de siervo en el portal donde quiso nacer, en el taller de José, en la Pasión y en la muerte ignominiosa... y en la locura de Amor de la Sagrada Eucaristía.

Vive de Amor, y vencerás siempre —aunque seas vencido»— en las Navas y los Lepantos de tu lucha interior.

Humildad de Jesús: en Belén, en Nazaret, en el Calvario... Pero más humillación y más

anonadamiento en la Hostia Santísima: más que en el establo, y que en Nazaret y que en la Cruz.

Por eso, ¡qué obligado estás a amar la Misa! (*Nuestra Misa, Jesús...*).

Deja que se vierta tu corazón en efusiones de Amor y de agradecimiento, al considerar cómo la gracia de Dios te saca libre cada día de los lazos que te tiende el enemigo.

Timor Domini Sanctus. Santo es el temor de Dios. —Temor que es veneración del hijo para su Padre, nunca temor servil, porque tu Padre-Dios no es un tirano.

Dolor de Amor. —Porque Él es bueno. —Porque es tu Amigo, que por ti dio su Vida. —Porque todo lo bueno que tienes es suyo. —Porque le has ofendido tanto... Porque te ha perdonado... ¡Él!... ¡a ti!

Llora, hijo mío, de dolor de Amor.

Cuando hayas terminado tu trabajo, haz el de tu hermano, ayudándole, por Cristo, con tal delicadeza y naturalidad que ni el favorecido se dé cuenta de que estás haciendo más de lo que en justicia debes.

¡Esto si que es fina virtud de hijo de Dios!

Te duelen las faltas de caridad del prójimo para ti. —¿Cuánto dolerán a Dios tus faltas de caridad —de Amor —para Él?

No admitas un mal pensamiento de nadie, aunque las palabras u obras del interesado den pie para juzgar así razonablemente.

No hagas crítica negativa: cuando no puedas alabar, cállate.

Nunca hables mal de tu hermano, aunque tengas sobrados motivos. —Ve primero al Sagrario, y luego ve al sacerdote, tu padre, y desahóga también tu pena con él. —Y con nadie más.

La murmuración es roña que ensucia y entorpece el apostolado. —Va contra la caridad, resta fuerzas, quita la paz, y hace perder la unión con Dios.

¡Cuánto duele a Dios y cuánto daña a muchas almas —y cuánto puede santificar al algunas— la injusticia de los justos!

No queramos juzgar. —Cada uno ve las co-

sas desde su punto de vista... y con su entendimiento, bien limitado casi siempre, y oscuros o nebulosos, con tinieblas de apasionamiento, sus ojos, muchas veces.

Además, lo mismo que la de esos pintores modernistas, es la visión de ciertas personas tan subjetiva y tan enfermiza, que trazan unos rasgos arbitrarios asegurándonos que son nuestro retrato, nuestra conducta...

¡Qué poco valen los juicios de los hombres! —No juzguéis, sin tamizar vuestro juicio en la oración.

Esfuézate, si es preciso, en perdonar siempre a quienes te ofendan, desde el primer instante, ya que, por grande que sea el perjuicio o la ofensa que te hagan, más te ha perdonado Dios a ti.

¿Murmuras? —Pierdes, entonces, nuestro espíritu y, si no aprendes a callar, cada palabra es un paso que te acerca a la puerta de salida.

No juzguéis sin oír a las dos partes. —Muy fácilmente, aun las personas que se tienen por piadosas, se olvidan de esta norma de prudencia elemental.

¿Sabes el daño que puedes ocasionar, al

tirar lejos una piedra, si tienes los ojos vendados? —Tampoco sabes el perjuicio que puedes producir, a veces grave, al lanzar frases de murmuración, que te parecen levísimas, porque tienes los ojos vendados por la desaprensión o por el acaloramiento.

Hacer crítica, destruir, no es difícil: el último peón de albañilería sabe hincar su herramienta en la piedra noble y bella de una catedral.

Construir: esta es labor que requiere maestros.

¿Quién eres tú para juzgar el acierto del superior? ¿No ves que él tiene más elementos de juicio que tú; más experiencia; más rectos, sabios y desapasionados consejeros; y, sobre todo, más gracia, una gracia especial, gracia de estado, que es luz y ayuda poderosa de Dios?

LOS MEDIOS

1 Pero... ¿y los medios? —Son los mismos de Pedro y de Pablo, de Domingo y Francisco, de Ignacio y Javier: el Crucifijo y el Evangelio... ¿Acaso te parecen pequeños?

2 En las empresas de apostolado, está bien —es un deber— que consideres tus medios terrenos ($2 + 2 = 4$), pero no olvides ¡nunca! que has de contar, por fortuna, con otro sumando: Dios + 2 + 2...

3 Sirve a tu Dios con rectitud, séle fiel... y no te preocupes de nada: porque es una gran verdad que «si buscas el reino de Dios y su justicia, Él te dará lo demás —lo material, los medios— por añadidura».

4 Echa lejos de ti esa desesperanza, que te produce el conocimiento de tu miseria. —Es verdad: por tu prestigio económico, eres un cero..., por tu prestigio social, otro cero..., y otro por tus virtudes, y otro por tu talento...

Pero a la derecha de esas negaciones está Cristo... Y ¡qué cifra inconmensurable resulta!

Que eres... nadie. —Que otros han levantado y levantan ahora maravillas de organización, de prensa, de propaganda. —Que tienen todos los medios, mientras tú no tienes ninguno... Bien: Acuérdate de Ignacio.

Ignorante, entre los doctores de Alcalá. — Pobre, pobrísimo entre los estudiantes de París. —Perseguido, calumniado.

Es el camino: ama y cree y ¡sufre!: Tu Amor y tu Fe y tu Cruz son los medios infalibles, para poner por obra y para eternizar las ansias de apostolado que llevas en tu corazón.

LA VIRGEN

El amor a nuestra Madre será soplo que encienda en lumbre viva las brasas de virtudes que están ocultas en el rescoldo de tu tibieza.

Ama a la Señora, y Ella te obtendrá gracia abundante para vencer, en esta lucha cotidiana. —Y no servirán de nada al maldito esas cosas perversas, que suben y suben, hirviendo dentro de ti, hasta querer anegar con su podredumbre bienoliente los grandes ideales, los mandatos sublimes que Cristo mismo ha puesto en tu corazón. —*¡Serviam!*

Sé de María y serás *nuestro*.

A Jesús siempre se va y se *vuelve* por María.

¡Cómo gusta a los hombres que les recuerden su parentesco con personajes de la literatura, de la política, de la milicia, de la Iglesia!... Canta ante la Virgen Inmaculada, recordándole:

Dios te salve, María, hija de Dios Padre:
Dios te salve, María, Madre de Dios Hijo: Dios
te salve, María, Esposa de Dios Espíritu Santo... ¡Más que tú, sólo Dios!

Di: Madre mía —tuya, porque eres suyo por muchos títulos—, que tu amor me ate a la Cruz de tu Hijo: que no me falte la Fe, ni la valentía, ni la audacia, para cumplir la Voluntad de nuestro Jesús.

Todos los pecados de tu vida parece como si se pusieran de pie. —No desconfíes. —Por el contrario, llama a tu Madre Santa María, con fe y abandono de niño. —Ella traerá el sosiego a tu alma.

DEVOCIONES

Huyamos de la *rutina* como del mismo demonio. —El gran medio para no caer en ese abismo, sepulcro de la verdadera piedad, es la continua presencia de Dios.

Ten pocas devociones particulares, pero constantes.

No olvides tus oraciones de niño, aprendidas quizá de labios de tu madre. —Recítalas cada día con sencillez, como entonces.

San José, Padre de Cristo, es también tu Padre y tu Señor. —Acude a él.

Ten confianza con tu Ángel Custodio. —Trátalo como un entrañable amigo —lo es— y él sabrá hacerte mil servicios, en los asuntos ordinarios de cada día.

Gánate al Ángel Custodio de aquel, a quien quieras traer a nuestro apostolado. —Es siempre un gran *cómplice*.

Si tuvieras presentes a tu Ángel y a los Custodios de tus prójimos, evitarías muchas tontearías que se deslizan en tu conversación.

Las ánimas benditas del purgatorio. —Por caridad, por justicia, y por un egoísmo disculpable —¡pueden tanto delante de Dios!— tenlas muy en cuenta en tus sacrificios y en tu oración.

Ojalá, cuando las nombres, puedas decir: «mis buenas amigas, las almas del purgatorio»...

Gracias, Dios mío, por el amor al Papa que has puesto en mi corazón.

VIRTUDES

Algunos pasan por la vida como por un túnel, y no se explican el esplendor y la seguridad y el calor del sol de la fe.

¡Con qué infame lucidez arguye satanáas contra nuestra Fe Católica!

Pero, digámosle siempre, sin entrar en discusiones: yo soy hijo de la Iglesia.

Los actos de Fe, Esperanza y Amor son válvulas por donde se expansiona el fuego de las almas que viven vida de Dios.

Hazlo todo con desinterés, por puro Amor, como si no hubiera premio ni castigo. —Pero fomenta en tu corazón la gloriosa esperanza del cielo.

Sientes una fe gigante... El que te da esa fe, te dará los medios.

¡Qué lejos estás de Jesús, si no eres humilde..., aunque tus disciplinas florezcan cada día rosas nuevas!

No olvidemos que hasta las *medianías* pueden pecar por *demasiado sabias*.

Cuando percibas los aplausos del triunfo, que suenen también en tus oídos las risas que provocaste con tus fracasos.

No quieras ser como aquella veleta dorada del gran edificio: por mucho que brille y por alta que esté, no importa para la solidez de la obra. —Ojalá seas como un viejo sillar oculto en los cimientos, bajo tierra, donde nadie te vea: por ti no se derrumbará la casa.

Cuanto más me exalten, Jesús mío, humíllame más en mi corazón, haciéndome saber lo que he sido y lo que seré, si Tú me dejas.

No olvides que eres... el depósito de la basura. —Por eso, si acaso el Jardinero divino echa mano de ti, y te friega y te limpia... y te llena de magníficas flores..., ni el aroma ni el color, que embellecen tu fealdad, han de ponerte orgulloso.

Humíllate: ¿no sabes que eres el cacharro de los desperdicios?

Cuando te veas como eres, ha de parecerte natural que de desprecien.

No eres humilde cuando te humillas, sino cuando te humillan y lo llevas por Cristo.

Si te conocieras, te gozarías en el desprecio, y lloraría tu corazón ante la exaltación y la alabanza.

No te duela que vean tus faltas; la ofensa de Dios y la desedificación que puedas ocasionar, eso te ha de doler.

Por lo demás, que sepan cómo eres y te desprecien. —No te cause pena ser nada, porque así Jesús tiene que ponerlo todo en ti.

Si obraras conforme a los impulsos que sientes en tu corazón y a los que la razón te dicta, estarías de continuo con la boca en tierra, en postración, como un gusano sucio, feo y despreciable... delante de ¡ese Dios!, que tanto te va aguantando.

¡Qué grande es el valor de la humildad! — *Quia respexit humillitatem...* Por encima de la fe, de la caridad, de la pureza inmaculada, reza el himno gozoso de nuestra Madre en la casa de Zacarías:

«porque vio mi humildad, he aquí que, por esto, me llamarán bienaventurada todas las generaciones».

Eres polvo sucio y caído. —Aunque el soplo del Espíritu Santo te levante sobre las cosas todas de la tierra y haga que brilles como oro, al reflejar en las alturas con tu miseria los rayos soberanos del Sol de Justicia, no olvides la pobreza de tu condición.

Un instante de soberbia te volvería al suelo, y dejarías de ser luz para ser lodo.

¿Tú..., soberbia? —¿De qué?

¿Soberbia? —¿Por qué?... Dentro de poco —años, días— serás un montón de carroña hedionda: gusanos, licores, malolientes, trapos sucios de la mortaja..., y nadie, en la tierra, se acordará de ti.

Tú, sabio, renombrado, elocuente, poderoso: si no eres humilde nada vales. —Corta, arranca ese «yo», que tienes en grado superlativo, —Dios te ayudará— y entonces podrás comenzar a trabajar por Cristo, en el último lugar de su ejército de apóstoles.

Si eres tan miserable, ¿cómo te extraña que los demás tengan miserias?

Jesús... callado. —Jesús *autem* *facebat*.—

¿Por qué hablas tú, para consolarte o para sincerarte?

Calla. —Busca la alegría en los desprecios: siempre te harán menos de los que mereces. —Puedes, tú, acaso, preguntar: *¿Quid enim mali feci?*: ¿Qué mal he hecho?

No amas la pobreza, si no amas lo que la pobreza lleva consigo.

Nunca des tu parecer, si no te lo piden, aunque pienses que esta opinión tuya es la más acertada.

En los trabajos de apostolado no hay desobediencia pequeña.

Templa tu voluntad, viriliza tu voluntad: que sea, con la gracia de Dios, como un espolón de acero. —Sólo teniendo una fuerte voluntad, sabrás no tenerla, para obedecer.

Tu talento, tu simpatía, tus condiciones... se pierden: no te dejan aprovecharlas. —Piensa bien estas palabras de un autor espiritual: «No se pierde el incienso que se ofrece a Dios. — Más honrado es el Señor con el abatimiento de tus talentos, que con el vano uso de ellos».

Por esa tardanza, por esa pasividad, por esa resistencia tuya para obedecer, ¡cómo se resiente el apostolado y cómo se goza el enemigo!

Obedeced, como en manos del artista obedece un instrumento —que no se para a considerar por qué hace esto o lo otro—, seguros de que nunca se os mandará cosa que no sea buena y para toda la gloria de Dios.

El enemigo: ¿obedecerás... hasta en ese detalle *ridículo*? Tú, con la gracia de Dios: obedeceré... hasta en ese detalle *heroico*.

Esto de aquí es un continuo acabarse: aún no empieza el placer y ya se termina.

Todas las cosas de este mundo no son más que tierra. —Ponlas en un montón bajo tus pies y estarás más cerca del cielo.

Oro, plata, joyas..., tierra, montones de estiércol. —Goces, placeres sensuales, satisfacción de apetitos..., como una bestia, como un burro, como un cerdo, como un gallo, como un toro.

Honores, distinciones, títulos..., cosas de aire, hinchazones de soberbia, mentiras, nada.

No pongas tus amores aquí abajo. —Son amores egoístas... Los que amas se apartarán de ti, con miedo y asco, a las pocas horas de llamarte Dios a su presencia. —Otros son los amores que perduran.

TRIBULACIONES

El vendaval de la persecución es bueno. — ¿Qué se pierde?... No se pierde lo que está perdido. —Cuando no se arranca el árbol de cuajo —y el árbol de la iglesia no hay viento ni huracán que pueda arrancarlo— solamente se caen las ramas secas... y esas bien caídas están.

Conforme: aquella persona ha sido mala contigo. —Pero, ¿no has sido tú peor con Dios?

No te turbes, si, al considerar las maravillas del mundo sobrenatural, sientes la otra vez —íntima, insinuante— del hombre viejo.

Es «el cuerpo de muerte», que clama por sus fueros perdidos... Te basta la gracia: sé fiel y vencerás.

El mundo, el demonio y la carne son unos aventureros que, aprovechándose de la debilidad del salvaje que llevas dentro, quieren que, a cambio del pobre espejuelo de un placer —que nada vale—, les entregues el oro fino y las perlas y los brillantes y rubíes em-

papados en la sangre viva y redentora de tu Dios, que son el precio y el tesoro de tu eternidad.

Cuando venga el sufrimiento, el desprecio..., la Cruz, has de considerar: ¿qué es esto para lo que yo merezco?

¿Oyes? —En otro estado, en otro lugar, en otro grado, y oficio harías mucho mayor bien— ¡Para hacer lo que haces, no hace falta talento!... Pues yo te digo: donde te han puesto agradas a Dios..., y eso, que venías pensando, es claramente sugestión infernal.

¿Estás sufriendo una gran tribulación? —¿Tienes contradicciones? Di muy despacio, como paladeándola, esta oración recia y viril.

«Hágase, cúmplase, sea alabada y eternamente ensalzada la justísima y amabilísima Voluntad de Dios, sobre todas las cosas. —Amen. —Amen».

Yo te aseguro que alcanzarás la paz.

Te apuras y entristeces porque tus Comuniones son frías, llenas de aridez. —Cuando vas al Sacramento, dime ¿te buscas a ti, o buscas a Jesús? —Si te buscas a ti, motivo tienes para entristecerte... Pero, si —como debes—

buscar a Cristo ¿quieres señal más segura que la Cruz, para saber que le has encontrado?

Otra caída... y ¡qué caída!... ¿Desesperarte?... No: humillarte y acudir, por María, tu Madre, al Amor Misericordioso de Jesús. —Un *miserere* y ¡arriba ese corazón! —A comenzar de nuevo.

¡Muy honda es tu caída! —Comienza los cielos desde ahí abajo. Sé humilde. *Cor contritum et humiliatum Deus non despiciet*, no despreciará Dios un corazón contrito y humillado.

¡Bienaventuradas malaventuras de la tierra! —Pobreza, lágrimas, odios, injusticia, deshonor... Todo lo podrás en Aquel que te confortará.

Sufres en esta vida de aquí..., que es un sueño... corto. —Alégrate: porque te quiere mucho tu Padre-Dios, y, si no pones obstáculos, tras este sueño malo, te dará un buen despertar.

Te duele que no te agradezcan aquel favor. Respóndeme a estas dos preguntas: ¿tan agradecido eres tú con Cristo Jesús?... ¿has sido capaz de hacer ese favor, buscando el agradecimiento en la tierra?

Sufres... y no querrías quejarte. —No importa que te quejes —es la reacción natural de la pobre carne nuestra—, mientras tu voluntad quiera en ti, ahora y siempre, lo que quiera Dios.

¿Te riñen? —No te enfades, como te aconseja tu soberbia. —Piensa: ¡qué caridad tienen conmigo! ¡Lo que se habrán callado!

Esa trepidación de tu espíritu, la tentación, que te envuelve, es como una venda sobre los ojos de tu alma.

Estás a oscuras. —No te empeñes en andar solo, porque, solo, caerás. —Ve a tu Director —a tu Superior— y él hará que oigas aquellas palabras de Rafael Arcángel a Tobías:

«*Forti animo esto, in proximo est ut a Deo cureris*»: ten ánimo, que pronto te curará Dios. Sé obediente, y caerán las escamas, caerá la venda de tus ojos, y Dios te llenará de gracia y de paz.

Si se tambalea tu edificio espiritual, si todo te parece estar en el aire..., apóyate en la confianza filial en Jesús y en María, piedra firme y segura sobre la que debiste edificar desde el principio.

Toda nuestra fortaleza es prestada.

¡Oh, Dios mío, cada día estoy menos seguro de mí y más seguro de ti!

Si no lo dejas, Él no te dejará.

Espéralo todo de Jesús: tú no tienes nada, no vales nada, no puedes nada. —Él obrará, si en Él te abandonas.

¡Oh, Jesús! —Descanso en ti.

Confía siempre en tu Dios. —Él no pierde batallas.

LA MUERTE

«Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas». —Luego ¿el hombre pecador tiene su hora? —Si..., Dios su eternidad.

Si eres apóstol, la muerte será para ti una buena amiga, que te facilita el camino.

¿Has visto, en una tarde triste de otoño, caer las hojas muertas? Así caen cada día las almas en la eternidad: un día, la hoja caída serás tú.

No has oído con qué tono de tristeza se lamentan los mundanos de que «cada día que pasa es morir un poco».

Pues, yo te digo: alégrate —alma de apóstol— porque cada día que pasa te aproxima a la Vida.

A los otros, la muerte les para y sobrecoge. —A nosotros, la muerte —la Vida— nos anima y nos impulsa.

Para ellos es el fin: para nosotros, el Principio.

No tengas miedo a la muerte. —Acéptala, desde ahora, generosamente... cuando Dios quiera..., como Dios quiera..., donde Dios quiera. —No lo dudes: vendrá en el tiempo, en el lugar y del modo que más te convenga..., enviada por tu Padre-Dios. —¡Bienvenida sea nuestra hermana la muerte!

LA VOLUNTAD DE DIOS

Nosotros somos piedras, sillares que se mueven, que sienten, que tienen una libérrima voluntad.

Dios mismo es el cantero que nos quita las esquinas, arreglándonos, modificándonos, según Él desea, a golpes de martillo y de cincel.

No queramos apartarnos, no queramos esquivar su Voluntad, porque, de cualquier modo, no podremos evitar los golpes. —Sufrirémos más e inútilmente, y, en lugar de la piedra pulida y dispuesta para edificar, seremos un montón informe de grava, que pisarán las gentes con desprecio.

¿Resignación?... ¿Conformidad?... ¿Querer la Voluntad de Dios!

La aceptación rendida de la Voluntad de Dios trae necesariamente el gozo y la paz: la felicidad en la Cruz. —Entonces se ve que el yugo de Cristo es suave y que su carga no es pesada.

Acto de identificación con la Voluntad de Dios:

¿Lo quieres, Señor?... ¡Yo también lo quiero!

Cuanto más se acerca uno a Dios se siente más universal: se agranda el corazón, para que quepan todos y todo, en los deseos de poner el universo a los pies de Jesús.

Más quiero tu Voluntad, Dios mío, que, no cumpliéndola —si pudiera ser tal disparate—, la misma gloria.

No eres menos feliz porque te falta que si te sobrara.

Dios exalta a quienes cumplen su Voluntad en lo mismo en que los humilló.

Pregúntate muchas veces al día: ¿hago, en este momento, lo que debo hacer?

Jesús, lo que tú *quieras*... yo lo amo.

Escalones: Resignarse con la Voluntad de Dios: Conformarse con la Voluntad de Dios: Querer la Voluntad de Dios: Amar la Voluntad de Dios.

Señor, si es tu Voluntad, haz de mi pobre carne un Crucifijo.

No caigas en un círculo vicioso: tú piensas, cuando se arregle esto así o del otro modo, seré muy generoso con mi Dios.

¿Acaso Jesús no está esperando que seas

generoso sin reservas, para arreglar Él las cosas mejor de lo que imaginas?

Propósito firme, lógica consecuencia: en cada instante de cada día, trataré de cumplir con generosidad la Voluntad de Dios.

Es cuestión de segundos... Pregúntate antes de comenzar cualquier negocio: ¿Qué quiere Dios de mí, en este asunto?

Y, con la gracia divina, ¡hazlo!

LA GLORIA DE DIOS

Hay que dar gloria a Dios, sin tomarnos anticipos (mujer, hijos honores...) de esa gloria de que gozaremos plenamente con Él en la Vida...

Además, Él es generoso... Da el ciento por uno: y esto es verdad hasta en los hijos. — Nos privamos de ellos por su gloria: y tendremos miles de hijos de nuestro espíritu. — Hijos como nosotros lo somos del Padre nuestro, que está en los cielos.

DEO OMNIS GLORIA. — Para Dios toda la gloria. — Es una confesión categórica de nuestra nada. Él, Jesús, lo es todo. Nosotros, sin Él, nada valemos: nada.

Nuestra vanagloria sería eso: gloria vana: sería un robo sacrílego: el yo no debe aparecer en ninguna parte.

¿Cómo te atreves a emplear ese chispazo del entendimiento divino, que es tu razón, en otra cosa que no sea dar gloria a tu Señor?

Si la vida no tuviera por fin dar gloria a Dios, sería despreciable, más aún: aborrecible.

Da *toda* la gloria a Dios. —*Exprime* con tu voluntad, ayudado por la gracia, cada una de tus acciones, para que en ellas no quede nada que huela a humana soberbia, a complacencia de tu *yo*.

Que ningún afecto te ate a la tierra, fuera del deseo divinísimo de dar gloria a Cristo y por Él y con Él y en Él, al Padre y al Espíritu Santo.

Pureza de intención. —Las sugerencias de la soberbia y los ímpetus de la carne los conoces pronto... y peleas y, con la gracia, vences.

Pero los motivos que te llevan a obrar, aun en las acciones más santas, no te parecen claros... y sientes una voz allá dentro que te hacer ver razones humanas..., con tal sutileza, que se infiltra en tu alma la intranquilidad de pensar que no trabajas, —como debes hacerlo— por puro Amor, sola y exclusivamente por dar a Dios toda su gloria.

Reacciona enseguida, cada vez, y di: «Señor, para mí nada quiero. —Todo para tu gloria y por Amor».

PROSELITISMO

¡No gritaríais de buena gana a la juventud que bulle alrededor vuestro: ¡locos!, dejad esas cosas pequeñas, que achican el corazón... y muchas veces lo envilecen..., dejad eso y venid con nosotros tras el Amor!

Proselitismo. —Es la señal cierta del celo verdadero.

Sembrar. — Salió el sembrador... Siembra a voleo, alma de apóstol. —El viento de la gracia arrastrará tu semilla, si el surco donde cayó no es digno... Siembra y está cierto de que la siembra arraigará y dará su fruto.

Con el buen ejemplo, se siembra buena semilla; y la caridad obliga a sembrar a todos.

Pequeño amor es el tuyo, si no sientes el celo por la salvación de todas las almas. — Pobre amor es el tuyo, si no tienes ansias de pegar tu locura a otros apóstoles.

¿Razones?... ¿Qué razones humanas daría el pobre Ignacio al sabio Xavier?

Querrías atraer a tu apostolado a aquel hombre sabio, a aquel otro poderoso, a aquel lleno de prudencia y virtudes.

Ora, ofrece sacrificios y trabájalos con tu ejemplo y con tu palabra. —¡No vienen! —No pierdas la paz: es que no hacen falta.

¿Crees que no habría contemporáneos de Pedro, sabios, y poderosos, y prudentes, y virtuosos, fuera del apostolado de los primeros doce?

DISCRECIÓN

De callar no te arrepentirás nunca: de hablar, muchas veces.

¿Cómo te atreves a encarecer que te guarden el secreto..., si esta advertencia es la señal de que no has sabido guardarlo tú?

No pongas fácilmente de manifiesto la intimidad de tu apostolado: ¿no ves que el mundo está lleno de egoístas incomprensibles?

Calla: No olvides que tu ideal es como una lucecita recién encendida. —Puede bastar un soplo para apagarla en tu corazón.

TÁCTICA

Eres, entre los tuyos —alma de apóstol—, la piedra caída en el lago. —Produces, con tu ejemplo y tu palabra, un primer círculo... y éste, otro... y otro, y otro... Cada vez más ancho.

¿Comprendes ahora la grandeza de tu misión?

¡Qué afán hay en el mundo por salirse de su sitio! —¿Qué pasaría, si cada hueso, cada músculo del cuerpo humano quisiera ocupar puesto distinto del que le pertenece?

No es otra la razón del malestar del mundo. Persevera en tu lugar, hijo mío: desde ahí ¡cuánto podrás trabajar por el reinado efectivo de Nuestro Señor!

¡Caudillos!... Viriliza tu voluntad, para que Dios te haga caudillo. ¿No ves cómo proceden las malditas sociedades secretas? Nunca han ganado a las masas.— En sus antros, forman unos cuantos hombres —demonios, que se agitan y revuelven a las muchedumbres, alocándolas, para hacerlas ir tras ellos, al precipicio

de todos los desórdenes... y al infierno.— Ellos llevan una simiente maldecida.

Si tú quieres..., llevarás la Palabra de Dios, bendita mil y mil veces, que no puede faltar. Si eres generoso..., si correspondes, con tu santificación personal, obtendrás la de los demás: el reinado de Cristo: que «*omnes cum Petro, ad Jesum per Mariam*».

Servir de altavoz al enemigo es una idiotez soberana; y, si el enemigo es enemigo de Dios, es un gran pecado.

¡Galopar, galopar!... ¡Hacer, hacer!... Fiebre, locura de moverse... Maravillosos edificios materiales...

Espiritualmente: tablas de cajón, percalinas, cartones repintados... ¡galopar!, ¡hacer! —Y mucha gente corriendo: ir y venir.

Es que trabajan con vista al momento de ahora: *están* siempre en *presente*. —Tú... has de ver las cosas con ojos de eternidad, *teniendo* en *presente* el final y el pasado...

Quietud. —Paz. —Vida intensa dentro de ti. Sin galopar, sin la locura de cambiar de sitio, desde el lugar que en la vida te corresponde, como una poderosa máquina de electricidad espiritual, ¡a cuántos darás luz y energía!... sin perder tu vigor y tu luz.

No tengas enemigos. —Ten solamente amigos: amigos... de la derecha —si te hicieron o quisieron hacerte bien— y... de la izquierda —si te han perjudicado o intentaron perjudicarte.

A fin de cuentas —no lo dudes— con todos ellos estás en deuda, porque entre todos te han santificado.

No cuentes hechos de *tu* apostolado, como no sea para provecho del prójimo.

¿Levantar magníficos edificios?... ¿Construir palacios suntuosos?... Que los levanten... Que los construyan...

¡Almas! —¡Vivificar almas... para aquellos edificios... y para estos palacios!

¡Qué hermosas casas nos preparan!

No os preocupe si, por vuestras obras, os *conocen*. —Es el buen olor de Cristo. —Además, trabajando siempre exclusivamente por Él, alegraos de que se cumplan aquellas palabras de la Escritura:

«Que vean vuestras obras buenas, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos».

Encaucemos las imprudencias providenciales de la juventud.

INFANCIA ESPIRITUAL

Procura conocer la «vía de infancia espiritual», sin *forzarte* a seguir ese camino. —Deja obrar al Espíritu Santo.

Camino de infancia. —Abandono. —Niñez espiritual. —Todo esto no es una bobería, sino una fuerte y sólida vida cristiana.

En la vida espiritual de infancia, las cosas que dicen o hacen los «niños» nunca son niñerías, ni puerilidades.

La infancia espiritual no es memez espiritual, ni *blandenguería*: es camino cuerdo y recio que, por su difícil facilidad, el alma ha de comenzar y seguir llevada de la mano de Dios.

La infancia espiritual exige la sumisión del entendimiento, más difícil que la sumisión de la voluntad. —Para sujetar el entendimiento, se precisa, además de la gracia de Dios, un continuo ejercicio de la voluntad, que niega, como niega a la carne, una y otra vez y siempre, dándose, por consecuencia, la paradoja

de que quien sigue el «Caminito de infancia», para hacerse niño, necesita robustecer y virilizar su voluntad.

Ser pequeño: Las grandes audacias son siempre de los niños. —¿Quién pide... la luna? —¿Quién no repara en peligros, para conseguir su deseo?

Poned en un niño *así*, mucha gracia de Dios, el deseo de hacer su Voluntad (de Dios), mucho amor a Jesús, toda la ciencia humana que su capacidad le permita adquirir... y tendréis retratado el carácter de los apóstoles de ahora, tal como indudablemente Dios los quiere.

A veces, nos sentimos inclinados a hacer pequeñas niñadas. —Son pequeñas obras de maravilla delante de Dios, y, mientras no se introduzca la rutina, serán desde luego esas obras fecundas, como fecundo es siempre el Amor.

Delante de Dios, que es Eterno, tú eres un niño más chico que, delante de ti, un pequeñín de dos años.

Y, además de niño, eres hijo de Dios. —No lo olvides.

Niño, enciéndete en deseos de reparar las enormidades de tu vida de adulto.

Niño bobo: el día que ocultes algo de tu alma al Director, has dejado de ser niño, porque habrás perdido la sencillez.

Niño, cuando lo seas de verdad, serás omnipotente.

Siendo niños no tendréis penas: los niños olvidan enseguida los disgustos, para volver a sus juegos ordinarios. —Por eso, con el abandono, no habréis de preocuparos, ya que descansaréis en el Padre.

Niño, ofrécele cada día... hasta tus fragilidades.

Niño bueno: ofrécele el trabajo de aquellos obreros, que no le conocen: ofrécele la alegría natural de los pobres chiquitines, que frecuentan las escuelas malvadas...

Los niños no tienen nada suyo, todo es de sus padres..., y tu Padre sabe siempre muy bien cómo gobierna el patrimonio.

Sé pequeño, muy pequeño. —No tengas más que dos años de edad, tres a lo sumo. —Porque los niños mayores son unos pícaros, que

ya quieren engañar a sus padres con inverosímiles mentiras.

Es que tienen la maldad, el *fomes* del pecado, pero les falta la experiencia del mal, que les dará la ciencia de pecar, para cubrir con apariencia de verdad lo falso de sus engaños. —Han perdido la sencillez, y la sencillez es indispensable para ser chicos delante de Dios.

Pero ¡niño!, ¿por qué te empeñas en andar con zancos?

No quieras ser mayor. —Niño, niño siempre, aunque te mueras de viejo. —Cuando un niño tropieza y cae, a nadie choca...: su padre se apresura a levantarlo.

Cuando el que tropieza y cae es mayor, el primer movimiento es de risa. —A veces, pasado ese primer ímpetu, lo ridículo da lugar a la piedad. —Pero, los mayores se han de levantar solos.

Tu triste experiencia cotidiana está llena de tropezones y caídas. ¿Qué sería de ti, si no fueras cada vez más niño?

No quieras ser mayor. —Niño, y que, cuando tropieces, te levante la mano tu Padre Dios.

Niño, el abandono exige docilidad.

No olvides que el Señor siente predilección por los niños y por los que se hacen como niños.

Paradoja de un alma pequeña. —Cuando Jesús te envíe sucesos que el mundo llama buenos, llora en tu corazón, considerando la bondad de Él y la malicia tuya: cuando Jesús te envíe sucesos que la gente califica de malos, alégrate en tu corazón, porque Él te da siempre lo que conviene y entonces es la hermosa hora de querer la Cruz.

Niño audaz, grita: ¡Qué amor el de Teresa! —¡Qué celo el de Xavier! —¡Qué varón más admirable San Pablo! —¡Ah, Jesús, pues yo... te quiero más que Pablo, Xavier y Teresa!

No olvides, niño bobo, que el Amor te ha hecho omnipotente.

Niño: no pierdas tu amorosa costumbre de *asaltar* Sagrarios.

Niño bueno: dile a Jesús muchas veces al día: te amo, te amo, te amo...

Cuando te apuren tus miserias, no quieras entristecerte. —Gloríate en tus enfermedades,

como San Pablo, porque a los niños se les permite, sin temor al ridículo, imitar a los grandes.

Que tus faltas e imperfecciones, y aun tus caídas graves, no te aparten de Dios. —El niño débil, si es discreto, procura estar cerca de su Padre.

No te apures, si te enfadas, cuando haces esas pequeñas cosas que Él te pide. —Ya llegarás a sonreír...

¿No ves con qué mala gana da el niño sencillo a su padre, que le prueba, el bombón que tenía en sus manos? —Pero, se lo da: ha vencido el amor.

Cuando quieres hacer las cosas bien, muy bien, resulta que las haces peor. —Humíllate delante de Jesús, diciéndole: ¿has visto cómo todo lo hago mal? —Pues, si no me ayudas mucho, ¡aún lo haré peor!

Ten compasión de tu niño: mira que quiero escribir cada día una gran plana, en el libro de mi vida... Pero, ¡soy tan rudo!, que si el Maestro no me lleva de la mano, en lugar de palotes esbeltos, salen de mi pluma cosas retorcidas y borrones, que no pueden enseñarse a nadie.

Desde ahora, Jesús, escribiremos siempre... entre los dos.

Reconozco mi torpeza, Amor mío, que es tanta..., tanta, que hasta cuando quiero acariciar hago daño. Suaviza las maneras de mi alma: dame, quiero que me des, dentro de la recia virilidad de la vida de infancia, esa delicadeza y mimo que los niños tienen para tratar, con íntima efusión de amor, a sus padres.

Estás lleno de miserias. —Cada día las ves más claras. —Pero no te asusten. —Él sabe bien que no puedes dar otro fruto.

Tus caídas involuntarias —caídas de niño— hacen que tu Padre-Dios tenga más cuidado y que tu Madre María no te suelte de su mano amorosa: aprovéchate, y, al cogerte el Señor a diario del suelo, abrázale con todas tus fuerzas y pon tu cabeza miserable sobre su pecho abierto, para que acaben de enloquecerte los latidos de su Corazón amabilísimo.

Cuando un alma de niño hace presentes al Señor sus deseos de indulto, debe estar segura de que verá pronto cumplidos esos deseos: Jesús arrancará del alma la cola inmunda, que arrastra por sus miserias pasadas: quitará el peso muerto, resto de todas las impurezas, que le hace pegarse al suelo: echará lejos del niño todo el lastre terreno de su corazón, para que

suba hasta la Majestad de Dios, a fundirse en la llamarada viva de Amor, que es Él.

Ese descorazonamiento que te producen tus faltas de generosidad, tus caídas, tus retrocesos —quizá sólo aparentes— te da la impresión muchas veces de que has roto algo de subido valor (tu santificación).

No te apures: lleva a la vida sobrenatural el modo discreto que, para resolver conflicto semejante, emplean los niños sencillos.

Han roto —por fragilidad, casi siempre— un objeto muy estimado por su padre. —Lo sienten, quizá lloran, pero... van a consolar su pena con el dueño de la cosa inutilizada por su torpeza..., y el padre olvida el valor —aunque sea grande— del objeto destruido, y, lleno de ternura, no sólo perdona, sino que consuela y anima al chiquitín. —Aprende.

¿Quieres de verdad ser santo? —Cumple el pequeño deber de cada momento: haz lo que debes y está en lo que haces.

Has errado el camino, si desprecias las cosas pequeñas.

La santidad *grande* está en cumplir los *deberes pequeños* de cada instante.

Las almas grandes tienen muy en cuenta las cosas pequeñas.

Porque fuiste «*in pauca fidelis*», fiel en lo poco, entra en el gozo de tu Señor. —Son palabras de Cristo. —*¡In pauca fidelis!*... ¿Desdeñarás ahora las cosas pequeñas, si se promete la gloria a quienes las guardan?

Que vuestra oración sea viril. —Ser niño no es ser afeminado.

Para el que ama a Jesús, la oración, aun la oración con sequedad, es la dulzura que pone siempre fin a las penas: se va a la oración con el ansia con que el niño va al azúcar, después de tomar la pócima amarga.

Te distraes en la oración. —Procura evitar las distracciones, pero no te preocupes, si a pesar de todo, sigues distraído.

¿No ves cómo, en la vida natural, hasta los niños más discretos, se entretienen y divierten con lo que les rodea, sin atender muchas veces los razonamientos de su padre? —Esto no implica falta de amor, ni de respeto: es la miseria y pequeñez propias del hijo.

Pues, mira: tú eres un niño, delante de Dios.

Persevera en la oración: —Persevera, aunque tu labor parezca estéril. —La oración es siempre fecunda.

Cuando hagas oración, haz circular las ideas inoportunas, como si fueras un guardia del tráfico: para eso tienes la voluntad enérgica, que te corresponde por tu vida de niño. —Detén a veces, aquel pensamiento, para encomendar a los protagonistas del recuerdo inoportuno.

Hala, adelante... Así, hasta que dé la hora.

Cuando tu oración por este estilo te parezca inútil, alégrate y cree que has sabido agradar a Jesús.

¡Qué buena cosa es ser niño! —Cuando un hombre solicita un favor, es menester que a la solicitud acompañe la hoja de sus méritos.

Cuando el que pide es un chiquitín —como los niños no tienen méritos—, basta con que diga: soy hijo de Fulano.

¡Ah, Señor! —díselo ¡con toda tu alma! —yo soy... ¡hijo de Dios!

Perseverar. —Un niño que llama a una puerta, llama una y dos veces, y muchas veces..., y fuerte y largamente, ¡con desvergüenza! Y, quien sale a abrir ofendido, se desarma ante la

sencillez de la criaturita inoportuna... Así tú con Dios.

¿Has presenciado el agradecimiento de los niños? —Imítalos diciendo, como ellos, a Jesús ante lo favorable y ante lo adverso: ¡«Qué bueno eres! ¡qué bueno!»...

Esa frase, bien sentida, es camino de infancia, que te llevará a la paz, con peso y medida de risas y llantos, y sin peso y medida de Amor.

El trabajo rinde tu cuerpo, y no puedes hacer oración. Estás siempre en la presencia de tu Padre. —Si no le hablas, mírale de cuando en cuando como un niño chiquitín... y Él te sonreirá.

¿Qué, en el hacimiento de gracias de la Comunión, lo primero que acude a tus labios, sin poderlo remediar, es la petición?... Jesús, dame esto: Jesús, esa alma: Jesús, aquella empresa.

No te preocupes, ni te violentes: ¿no ves cómo, siendo el padre bueno y el hijo niño sencillo y audaz, el pequeñín mete las manos en el bolsillo de su padre, en busca de golosinas, antes de darle el beso de bienvenida? Entonces...

Nuestra voluntad, con la gracia, es omnipotente delante de Dios. —Así, a la vista de tantas ofensas para el Señor, si decimos a Jesús con voluntad eficaz, al ir en el tranvía por ejemplo: «Dios mío, querría hacer tantos actos de amor y de desagravios como vueltas da cada rueda de este coche», en aquel mismo instante delante de Jesús realmente le hemos amado y desagraviado según era nuestro deseo.

Esta *bobería* no se sale de la infancia espiritual: es el diálogo eterno entre el niño inocente y el padre chiflado por su hijo:

—¿Cuánto me quieres? ¡Dilo! —Y el pequeño silabea: ¡Mu-chos mi-llo-nes!

Si tienes «vida de infancia», por ser niño, has de ser espiritualmente goloso. —Acuérdate, como los de tu edad, de las cosas buenas que guarda tu Madre.

Y esto muchas veces al día. —Es cuestión de segundos... María... Jesús... el Sagrario... la Comunión... el Amor... el Sufrimiento... las ánimas benditas del purgatorio... los que pelean: el Papa, los sacerdotes... los fieles... tu alma... las almas de los tuyos... los Ángeles Custodios... los pecadores...

¡Cuánto te cuesta esa pequeña mortifica-

ción! —Luchas. —Parece como si te dijeran: ¿por qué has de ser tan fiel al plan de la vida, al reloj? —Mira: ¿has visto con qué facilidad se engaña a los chiquitines? —No quieren tomar la medicina amarga, pero... ¡anda! —les dicen— esta cucharadita, por papá: esta otra por tu abuelita... Y así, hasta que han ingerido toda la dosis.

Lo mismo tú: un cuarto de hora más de cilicio, por las ánimas del purgatorio: cinco minutos más, por tus padres: otros cinco, por tus hermanos en el apostolado... Hasta que cumplas el tiempo que te señala tu horario.

Hecha de este modo tu mortificación, ¡cuánto vale!

No estás solo. —Lleva con alegría la tribulación. —No sientes en tu mano, pobre niño, la mano de tu Madre: es verdad. —Pero... ¿has visto a las Madres de la tierra, con los brazos extendidos, seguir a sus pequeños, cuando se aventuran, temblorosos, a dar sin ayuda de nadie los primeros pasos? —No estás solo: María está junto a ti.

Jesús: nunca te pagaré, aunque muriera de Amor, la gracia que has derrochado para hacerme pequeño.

EL APOSTOLADO

¿Por qué no te entregas a Dios de una vez..., de verdad... ¿ahora?

Si ves claramente tu camino, síguelo. —¿Cómo no desechas la cobardía que te detiene?

«Id, predicad el Evangelio... Yo estaré siempre con vosotros»... Esto ha dicho Jesús..., y te lo ha dicho a ti.

¿La Cruz sobre tu pecho?... Bien. —Pero... la Cruz sobre tus hombros, la Cruz en tu carne, la Cruz en tu inteligencia. —Así vivirás por Cristo, con Cristo y en Cristo: solamente así serás Apóstol.

¿Brillar como una estrella..., ansia de altura y de lumbre encendida en el cielo?

Mejor: quemar, como una antorcha, escondido, pegando tu fuego a todo lo que tocas. —Este es tu apostolado: para eso estás en la tierra.

No te duermas sobre los laureles. —Si, humanamente hablando, esa postura es incómo-

da y poco gallarda, ¿qué sucederá, cuando los laureles —como ahora— no sean tuyos, sino de Dios?

Eso —tu ideal, tu vocación— es... una locura. —Y los otros —tus amigos, tus hermanos— unos locos...

¿No has oído este grito, alguna vez, muy dentro de ti? —Contesta, con decisión, que agradeces a Dios el honor de pertenecer al *manicomio*.

No lo dudes: tu vocación es la gracia mayor que el Señor ha podido hacerte. —Agradécesela.

Que pase inadvertida vuestra condición, como pasó la de Jesús durante treinta años.

¡Qué pena dan esas muchedumbres —altas y bajas y de en medio —sin ideal!— Causan la impresión de que no saben que tienen alma: son... manada, rebaño... piara.

Jesús: nosotros, con la ayuda de tu Amor Misericordioso, convertiremos la manada en mesnada, el rebaño en ejército..., y de la piara extraeremos, purificados, a quienes ya no quieran ser inmundos.

Que tu perseverancia no sea consecuencia ciega del primer impulso, obra de la inercia: que sea una perseverancia reflexiva.

Las obras de Dios no son palanca ni pel-
daño.

Señor, haznos locos, con esa locura pega-
diza que atraiga a muchos a tu apostolado.

Al apostolado vas a someterte, a anonadar-
te: no, a imponer tu criterio personal.

Ve al apostolado a darlo todo, y no a bus-
car nada terreno.

Nunca seáis hombres o mujeres de acción
larga y oración corta.

Al quererte apóstol, te ha recordado el Se-
ñor, para que nunca lo olvides, que eres «hijo
de Dios».

Cada uno de nosotros será un apóstol de
apóstoles.

Somos el grano de trigo, de que habla el
Evangelio. —Si no nos enterramos y morimos,
no habrá fruto.

Expiación: esta es la senda que lleva a la
Vida.

Sed hombres y mujeres del mundo, pero no
seáis hombres y mujeres mundanos.

No olvidemos que la unidad es síntoma de
vida: desunirse es putrefacción, señal cierta
de ser un cadáver.

Hijo mío: si amas nuestro apostolado, está
seguro de que amas a Dios.

Ten presente, hijo mío, que no eres solamen-
te un alma que se une a otras almas, para hacer
una cosa buena.

Esto es mucho..., pero es poco. —Eres el
Apóstol que cumple un mandato imperativo de
Cristo.

Procura vivir de tal manera que sepas, vo-
luntariamente, privarte de la comodidad y bie-
nestar que verías mal en los hábitos de otro
hombre de Dios.

Así como el clamor del océano se compone
del ruido de cada una de las olas, así las santi-
dad de nuestro apostolado se compone de las
virtudes personales de todos.

Los que dejando la acción para otros, oran y sufren, no brillarán aquí, pero ¡cómo lucirá su corona en el Reino de la Vida!

Que, tratándonos, no se pueda exclamar lo que, con bastante razón, gritaba una determinada persona: «Estoy de *honrados* hasta aquí...». Y se tocaba en lo alto de la cabeza.

Vamos a hacer hombres de Dios, hombres de vida interior, hombres de oración y de sacrificio. —El apostolado de estos hombres será una superabundancia de su vida «para adentro».

Has de prestar Amor de Dios y celo por las almas a otros, para que éstos a su vez enciendan a muchos más que están en un tercer plano, y cada uno de los últimos a sus compañeros de profesión.

¡Cuántas calorías espirituales necesitas! —y ¡qué responsabilidad tan grande, si te enfrías! y —no lo quiero pensar— ¡qué crimen tan horroroso, si dieras mal ejemplo!

¡Cómo ennoblecemos el dolor, poniéndolo en el lugar que le corresponde (expiación) en la economía del espíritu!

El día que sientas bien *tu apostolado*, ese apostolado será para ti una coraza, donde se embotarán todas las asechanzas de tus enemigos de la tierra y del infierno.

Es mala disposición oír la palabra de Dios con espíritu crítico.

Iniciativas. —Tenlas, en tu apostolado, dentro de los términos del mandato que te otorguen. —Si se salen de estos límites o tienes duda, consulta al Superior, sin comunicar antes a nadie tus pensamientos. —Nunca olvides que eres solamente ejecutor.

Hijo, pide siempre perseverancia y la de tus compañeros de apostolado, porque nuestro adversario, el demonio, de sobra conoce que somos sus grandes enemigos..., y una caída en nuestras filas ¡cuánto le satisface!

Como los religiosos observantes tienen afán por saber de qué manera vivían los primeros de su orden o congregación, para acomodarse ellos a aquella conducta, así tú —caballero cristiano— procura conocer e imitar la vida de aquellos discípulos de Jesús, que trataron a Pedro y a Pablo y a Juan, y casi fueron testigos de la Muerte y Resurrección del Maestro.

Los «hombres y mujeres de Dios», antes que sabios —ellas no hace falta que lo sean: nos conformamos con que sean discretas— han de ser espirituales, muy unidos al Señor por la oración: han de llevar un manto invisible, que cubra todos y cada uno de sus sentidos y potencias: orar, orar y ORAR; expiar, expiar y EXPIAR.

Unidad y variedad. —Habéis de ser tan varios, como variados son los santos del cielo, que cada uno tiene sus notas personales y especialísimas. —Y también, tan conformes unos con otros como los santos, que no serían santos si cada uno de ellos no se hubiera identificado con Cristo.

En una obra de Dios, el espíritu ha de ser obedecer o marcharse.

Vosotros, hijos predilectos de Dios, sentid y vivid la fraternidad, pero sin familiaridades.

Tu perfección está en vivir perfectamente en aquel lugar, oficio y grado en que Dios, por medio de la autoridad, te coloque.

Orad los unos por los otros. —¿Que aquél flaquea?—¿Que el otro?... Seguid orando, sin

perder la paz. —¿Que se van? —¿Que se pierden?... El Señor nos tiene contados desde la eternidad.

Ten veneración y respeto por la Santa Liturgia de la Iglesia y por sus ceremonias particulares. —Cúmpelas fielmente. —¿No ves que los pobres hombres necesitamos que hasta lo más grande y noble entre por los sentidos?

Una característica muy importante del varón apostólico es amar la Misa.

La Misa es larga, dices, y añado yo: porque tu amor es corto.

Aspirar a tener cargos en las empresas de apostolado es cosa inútil en esta vida, y para la otra Vida es un peligro.

Si Dios lo quiere, ya te llamarán. —Y entonces deberás aceptar. —Pero no olvides que en todos los sitios puedes y debes santificarte, porque a eso has venido.

Obedecer..., camino seguro. Obedecer ciegamente al Superior..., camino de santidad. —Obedecer en *tu apostolado* ... el único camino.

En el trabajo apostólico, no se ha de perdo-

nar la desobediencia, ni la doblez. —Téngase en cuenta que sencillez no es imprudencia, ni indiscreción.

Extrememos el respeto al Superior, cuando nos consulte y hayamos de contradecir sus opiniones.

Nunca contradigas al Superior delante de quienes le están sujetos, aunque no lleve razón.

El desprecio y la persecución son benditas pruebas de la predilección divina, pero no hay prueba y señal de predilección más hermosa que esta: *pasar ocultos*.

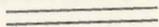
J. M.^a

INDICE

	<u>Páginas</u>
Carácter	5
Dirección	11
Oración	14
Santa Pureza	17
Mortificación	19
Penitencia	23
Propósitos	26
Escrúpulos	27
Presencia de Dios	28
Vida Sobrenatural	31
Formación y Estudio	34
El plano de tu santidad	37
Caridad	43
Los medios	50
La Virgen	52
Devociones	54
Virtudes	56
Tribulaciones	63
La muerte	68
La Voluntad de Dios	70
La Gloria de Dios	73

Páginas

Proselitismo.	75
Discreción.	77
Táctica.	78
Infancia espiritual	81
El Apostolado.	94



UNIVERSIDAD DE NAVARRA
SERVICIO DE BIBLIOTECAS